

LA VIDA ES UN JUEGO SALVAJE

*VIAJÓ A ÁFRICA POR PRIMERA VEZ EN 1955, A LOS 17 AÑOS. LE FASCINÓ, Y ESTE HABITUAL DE LA ALTA SOCIEDAD NEOYORQUINA ACABÓ SIENDO EL FOTÓGRAFO DE LA VIDA SALVAJE. PUBLICÓ EL LIBRO 'THE END OF THE GAME', DONDE DENUNCIABA QUE LA SUPERPOBLACIÓN ACABARÁ CON NOSOTROS. SU OBRA, MÁS ACTUAL QUE NUNCA, SE REEDITA AHORA. NOS RECIBIÓ EN SU CASA DE FRANCIA.
Por LOLA HUETE MACHADO. Fotografía de PETER BEARD*

AÑOS AFRICANOS.
En los sesenta se instaló Peter Beard en Kenia y trabajó en el parque nacional Tsavo. Contacto de 'Loliondo Lion Charge', 1964.

En Cassis, pueblo de la Costa Azul francesa; entre giros de la carretera que desciende en busca del mar Mediterráneo, el puerto deportivo, los turistas, las *boutiques* con mucho tejido claro y caro, y las callejuelas peatonales..., subes la escalera estrecha de una casa de vecinos cualquiera y te hallas en un pispás frente a Peter Beard (Nueva York, 1938). Está esperando, sentado en una silla en medio de un cuarto escueto y abarrotado de libros, fotos y objetos; vestido de negro impecable y aterciopelado, las piernas cruzadas con desenfado, un calcetín de cada color; las manos grandes y gastadas, manchadas de tinta y de la sangre de vacuno que encarga desalada para que cuaje sobre el papel... Imponente con 70 años. "Me conservo bien porque soy muy infantil, muy inmaduro; estoy muy enojado con todo. Eso ayuda", dirá luego.

Luego. Porque antes, con sus ojos claros entornados, lanza una mirada escrutadora a la visitante (a la que ha pedido "charlar, sin grabadora"), le regala una de sus sonrisas engatusadoras y... decide abrirse, abrir la *caja*. Mejor, las *cajas*: la de la cercanía y sintonía con el otro, y la de sus recuerdos. Un botín ambas. "La vida es una avalancha", dijo una vez. Y así es él. Arrollador. De esos seres que abren la boca y fluye el mundo líquido: borbotones de ideas, anécdotas, imágenes, ironías; opiniones contradictorias y políticamente incorrectas, la mayoría...

Beard es el fotógrafo del África salvaje y de los elefantes como metáfora social de nosotros mismos; el de los retratos a las modelos más cotizadas -¿contradicción?, no; la belleza de la mujer es lo último que queda puro de la naturaleza", afirma-. El juergista y noctámbulo empedernido que aún cierra el último los clubes de las grandes ciudades porque apenas duerme; sólo vive, observa, piensa, crea de manera contundente y permanente. El norteamericano guapo que iba para médico y acabó estudiando arte con Joseph Albers (de la Bauhaus). El de los amigos geniales, ricos y famosos:

- Andy Warhol: "Me pareció un *freak* cuando le conocí".

- Francis Bacon: "Imprescindible. Me pintó mucho, me hizo cuatro trípticos. Uno de ellos está aquí, mira", señala a la pared, "arrugado de tanto viaje desde Kenia".

- Dalí: "Era el hombre-idea; nada de loco, como muchos creen. Le quise mucho. España le trató mal. Luego nos vamos a comer una crema catalana en su honor".

Y así cita a Capote, los Rolling, la familia Kennedy... Aquellos con los que compartió gira, mucho tiempo y muchas vacaciones.

Detrás de este hombre de porte aristocrático, rubio de piel tostada, se esconde el cha-

val de 17 años que se fue a África un día de 1955, por vez primera, con el bisnieto de Charles Darwin (puro destino naturalista) y acabó comprándose una granja (Hog Ranch) en las colinas Ngong, en Kenia, pegada a la de Karen Dinesen von Blixen, autora de *Out of Africa*, que le impulsó a ir, mirar y ver de qué va esto, a qué huele, cómo se transforma, cómo el continente negro luce infinito y, sin embargo, se agota y desvanece bajo "el boom demográfico, el deterioro del hábitat, los males del colonialismo, la corrupción política, la industria de la ayuda internacional..."

"ME CONSERVO BIEN PORQUE SOY INFANTIL, INMADURO, ENOJADO"



KENIA. Peter Beard, en Aberdare Moorlands (Kenia, 1966). El neoyorquino viajó a África en 1955 y regresó en los sesenta para trabajar en el parque nacional Tsavo, donde tomó fotos para su libro 'The end of the game'. Al lado, tres de ellas.

En definitiva, Peter Beard es el autor de ese libro triste, el ensayo-denuncia que le hizo famoso, *The end of the game* (publicado en 1963 y reeditado en 1965, 1977, 1998, y ahora, por la casa alemana Taschen, en 2008), en el que plantea nuestra destrucción como especie según avanza la del territorio. ¿Por qué? "El juego incluye a ambos, el cazador y el cazado; es el deporte y el trofeo. El juego está matando al juego. Hace sólo 50 años, el hombre tenía que protegerse de las bestias; hoy son éstas las que deber ser protegidas por el hombre", escribió en el prólogo de 1965. "¿Cambio climático?", se ríe. "No es el clima el

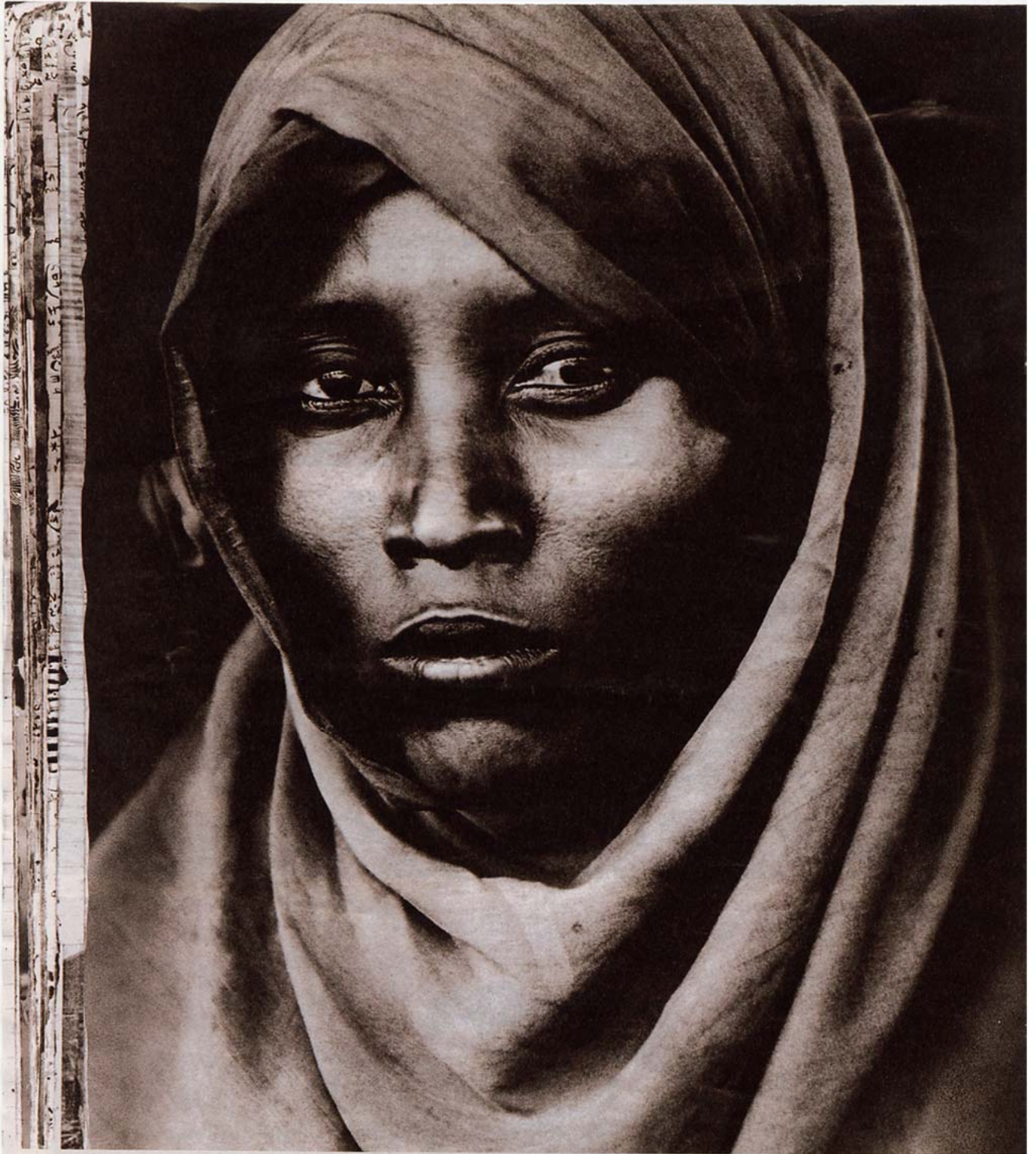
que está mal. Nosotros somos el clima". ¿Programas para proteger a los animales? "Pero si somos nosotros el peligro". Depredadores. Eso éramos. Eso somos. "En vez de los jardineros del edén, las máquinas cortacésped", dice, antes de recomendar la lectura del epílogo del libro: "Allí está todo dicho".

Pensamiento y obra de Beard son la misma cosa: a veces, un *collage* cambiante, barroco e infinito; otras, un punto fijo del que se niega a salir, como esa escritura repetitiva, dadaísta, que inunda sus famosos y numerosos cuadernos de viaje (*blogs* de entonces), que comenzó a elaborar con 12 años como un modo de atrapar el entorno, las vacaciones, los amigos, la familia, los paisajes, los desperdicios o los insectos. Tan personales -cada página es una obra de arte-, en los que funde fotografía, antropología, historia, biología, naturaleza, arte...

"Mira éste", dice, y enseña el que elabora ahora mismo. "A veces, en los aviones, recorta las revistas, les quita hasta las grapas, todo lo atesora..., y el asiento queda hecho un caos, y yo, apurada, pienso: ¿debemos parecer tan excéntricos!", dice desde Nueva York su esposa (y agente), la keniana-afgano-americana Nejma Khanum, con la que se casó en 1985 y con la que tiene una hija, Zara. Nejma le llama "el hombre biónico": "Tiene más energía que diez juntos".

"ESTAMOS CONDENADOS". Era y es la frase preferida de este aventurero; representante, a su pesar, de ese mundo rico, excesivo y diletante que habita entre la mansión solitaria sobre los acantilados en Long Island -"more perspective, more weather, more drama", dice- y el Nueva York más *cool*; que un día viaja a África y queda fascinado con la fauna, la flora, el horizonte y el paisaje, los oriundos, la aglomeración de *white hunters* (cazadores blancos), los safaris, el Kilimanjaro, y acaba compartiendo tiempo y espacio del siglo XX con los occidentales congregados en manada en África, empujados por igual pasión, ganas, dolor, deseo de huida o, simplemente, por tener qué contar a los nietos. "Todos esos extranjeros que desean transformarse a sí mismos mientras afirman querer cambiar África", escribe otro viajero empedernido, Paul Theroux, en el prólogo de la reedición de *The end of the game*. Y enumera: estrellas de rock, misioneros, traficantes, periodistas en busca de *scoops*, ONG, economistas, mercaderes de diamantes, ecoturistas, ejecutivos del petróleo, banqueros, políticos fantasiosos...

"Toda esa gente equivocada", apuntó Beard. Y Theroux: "Cuanto más lejos se interna el blanco en África, más se escapa la vida de ella". "Me estoy yendo de África", anunció >



*“HOMBRE BIÓNICO”, LE LLAMA SU ESPOSA,
NEJMA. “TIENE LA ENERGÍA DE DIEZ”*

HOMBRES Y BESTIAS. Humanos y animales compartiendo un mismo territorio fueron retratados por Beard en África. Arriba, mujer boran, en 1968 en el hospital Marsabit (Kenia), y leopardo con su presa.

82 EL PAÍS SEMANAL

LA VIDA ES UN JUEGO SALVAJE



*“MILLONES DE AÑOS
DE EVOLUCIÓN,
DESTRUIDOS EN UN
PARPADEO”*

YA NO HAY NIEVE. “Ésta es una imagen del pasado.
Ya no queda nieve en la cumbre”. A la derecha,
'Zebra Rug'. Lariak Estate. Laikipia, 1960.





ESQUELETOS. Una de las fotografías aéreas de Peter Beard del parque Tsavo en los años sesenta: donde antaño había grandes extensiones arboladas yacían restos de hasta 35.000 elefantes extintos.

> A Beard le gusta provocar. "La solución", sigue, moviendo sus grandes manos, "es la educación. Formarnos en las leyes de la naturaleza, recuperar a Darwin, respetar la selección natural. No dar de comer por dar de comer. Tres millones de niños enfermos de sida hay en Suráfrica, pero ¿qué sentido tiene eso? Cada década, la población del mundo aumenta en ¡mil millones! No hay hábitat que lo resista". ¿Pero no es la vida un derecho y la asistencia sanitaria cuestión de justicia? Respuesta: "Un error". Y sigue él sin atender: "Son enfermedades propias de la superpoblación". Y no, no le parece horrible decirlo: "Lo horrible es no hacer nada por impedirlo".

Nejma, siempre al quite, puntualiza: "Él afirma esas cosas de una manera, digamos, *intelectual*, metafórica; no es algo que salga de su corazón, porque él es el primero en ayudar a quien lo necesita. Discutimos y peleamos mucho sobre sus teorías, claro, porque no estoy de acuerdo siempre. Por ejemplo, ¿por qué tenemos nosotros derecho a comida, agua o medicinas, cuando la mayoría del mundo muere de hambre o enfermedad?".

"Yo no soy sentimental, odio el sentimentalismo; esa piedad occidental que tanto abunda, la de los que se dedican a hacer el bien para expiar la culpa del mundo desarrollado", continúa Beard. "*Do-gooders*", los llama. ¿El modelo? "Bono o Bob Geldorf". Especialmente el último: un "inconsciente". "Patético" es otro de sus adjetivos preferidos.

Pero dicho esto, se entristece ante la obra *Elephant and Kilimanjaro*, colgada en la pared, porque, dice, se ha esfumado de allí la nieve -"esa cumbre es una visión del pasado"-, o tierno al contemplar las fotos de su hija Zara o las de los retoños de la periodista que descubre allí en la carpeta... Y es visto y hecho: rápido les improvisa un *collage* de regalo con una vista aérea de las chabolas haci-

"LA CUMBRE NEVADA DEL KILIMANJARO ES YA UNA VISIÓN DEL PASADO"

nadas de Nairobi y otra imagen, muy famosa, de su hija Zara refrescándose en un barreño. Y ofrece fotos de cebras, de elefantes... Sin más. "Ellos me han pedido que le pregunte si duermen los elefantes y cómo: ¿de pie?, ¿tumbados?", le digo. Él se levanta y busca y busca hasta que encuentra lo deseado entre la montaña de objetos que cobijan la barra americana de la cocina y las estanterías hacinadas (hay hasta un expositor callejero repleto de postales): un libro con la imagen de un ejemplar con la trompa sostenida entre las ramas de un árbol, durmiendo, de pie. Beard la arranca sin más del volumen y me la entrega.

"CINCO MILLONES de habitantes tenía Kenia cuando llegué, ahora son 40; es como lo podrido que galopa". Quieto en el asiento -la ventana abierta, el sonido del puerto y de las callejuelas, el aire veraniego-, cuenta que hoy su granja allí está siendo cercada: "Es una pura urbanización. Nada que ver con lo que uno imagina". No imaginamos. Le vemos en algunas fotos mientras él pasa las páginas de sus cuadernos. Ahí está, en 1996, en el porche de Hog Ranch, entre esqueletos, maderas, tejidos; él, escribiendo, y una jirafa, comiendo a su lado en un cuenco. Pura calma. Otra: en la tienda dormitorio, entre alfombras, flores, retratos de mujeres africanas, libros y recortes sobre la cama, una tetera; su ayudante masai sentado en una silla, y él, tirado en el suelo, dibujando, con sus eternas sandalias, camisa y pareo: "Vestía de todo menos pantalones", recuerda. Una tercera,

en su otro hogar, en Montauk (Long Island): un montaje panorámico de 2005, *Thunderbolt Ranch*. Allí aparece multiplicado, y otra vez agachado (en un gesto impenitente, como intentando dominar su creación), en el salón de esa casa que un día de 1977 se le quemó con todo dentro, incluida la primera versión de *The end of the game*: "Tenía dos opciones: apiadarme de mí mismo y llorar, o comenzar de nuevo. Siempre elijo lo segundo".

Apuntar, dibujar, escribir. A esa obsesión le ha dedicado incluso una de sus fotos más espectaculares e irónicas, *I'll write whenever I can* (*Escribiré donde pueda*. Lago Rudolf, Kenia, 1965). En ella aparece metido en la boca de un cocodrilo. Sobresale de él sólo medio cuerpo, suficiente para sujetar con las manos la libreta y escribir sobre el suelo.

¿Y por qué se encuentra hoy aquí, en Cassis, si su cuartel general está en Nueva York; su memoria, en Hog Ranch; su retiro, en Montauk, y sus deseos de visita, amigos, noche, música y juega, repartidos por las urbes de este mundo? A Cassis (apenas 10.000 habitantes) viene desde hace medio siglo por esas

cosas de familia rica (su bisabuelo era el potentado industrial James L. Hill) y emprendedora: su primo Jerome Hill, fallecido en 1972, creó aquí la Fundación Camargo, una residencia de artistas donde Beard tenía "hasta hace nada" su espacio, explica dolido, ahora que las cosas no son como antaño.

En este pueblo de Provenza le conocen, tiene amigos sólidos que le miman y admiran. Y el alcalde (el nuevo y el anterior, dice) le ha donado un espacio para que pueda continuar en la localidad. "Ése, al pie del mar", indica al pasar. Se mudará cuando regrese de su viaje a Botsuana para fotografiar a las modelos del calendario Pirelli. "Me gusta África porque es real; esto, Europa, no lo es", comenta como resumen antes de salir en busca de algo de comer en algún establecimiento con vistas al Cap Canaille (el mayor acantilado de Francia) y la playa Le Bestouan.

Después caerá el sol, la tarde, la noche. Y Peter Beard regresará a su casa-taller "provisional", volverá a saltar sobre el triciclo tirado en el rellano de la escalera, se descalzará, se arrodillará sobre algún elefante y permanecerá así hasta la madrugada para poner, añadir o quitar aquello que hoy ha pensado, sentido, imaginado, visto o deseado. ●



'The end of the game', con prólogo del escritor y viajero Paul Theroux, está publicado por la editorial Taschen. Más información en la página 'web': www.taschen.com.